

Habla como un hombre

ÍNDICE

Prólogo, 7

PRIMER ACTO

Infancia son recuerdos, 15

A salto de mata, 37

La Compañía Nacional y otros amores, 55

SEGUNDO ACTO

Entre dos aguas, 83

Berlín, 85

San Petersburgo, 92

El Me Too masculino, 127

Primera sesión: *Romeo y Julieta*, 131

TERCER ACTO

Pequeños milagros:

Compañía Nacho Duato y Fundación Fonseca, 167

Sexo y arte, 188

Aquí y ahora, 203

ANEXOS

Algunos premios y reconocimientos, 233

Coreografías destacadas, 234

Fotografías, 243

Agradecimientos, 263

Pepitas de calabaza s. l.
Apartado de correos n.º 40
26080 Logroño (La Rioja, Spain)
pepitas@pepitas.net
www.pepitas.net

© Nacho Duato y Lupe Bohorques, 2026

© De la presente edición, Pepitas ed.

Cubierta: © Michael Slobodian

ISBN: 978-84-10476-60-8

Dep. legal: LR-1610-2026

Primera edición, noviembre de 2026

NACHO DUATO
LUPE BOHORQUES

Habla como un hombre

*A mi madre y a todas las personas que me han
acompañado a lo largo del camino.*

Nacho Duato

*A mi hija Jun y a todas las personas que aman
la verdad, la bondad y la belleza.*

Lupe Bohorques

*A Michael Slobodian,
in memoriam*



FOTO DE MICHAEL SLOBODIAN

PRÓLOGO

Los bailarines son los atletas de Dios
A. Einstein

La creación es un acto de amor
Nacho Duato

Todo empezó en el aeropuerto de Milán.

Nacho Duato volvía de recoger un premio de danza en Capri y, desde el aeropuerto, me envió un WhatsApp que decía: «Hola: quiero proponerte una idea. Hay una gran editorial interesada en publicar una biografía sobre mi vida, pero yo no soy escritor y no quiero escribir sobre mi vida en forma autobiográfica, que por otro lado me aburre. ¿Te atreverías a escribirla tú? Sería una especie de conversación íntima o entrevista biográfica entre los dos. Tú me conoces, escribes, me has visto de joven en Moraira, conoces a toda mi familia, tenemos amigos en común, eres valenciana, poeta... y... es que no hay otra persona más que tú. Tienes que ser tú. Perdona mi osadía».

Leí el mensaje varias veces, por si acaso la imaginación se me había disparado por la sorpresa, y dije que sí, con mucha alegría.

Nacho y yo nos conocemos desde pequeños. Su familia veraneaba en casa de sus abuelos en El Portet de Moraira, un pueblo alcantino de pescadores, en un enclave paradisíaco frente al mar. Mi familia tenía una casa no lejos de allí, en el Camino Viejo del Portet. En aquellos últimos años de los setenta, muchas familias valencia-

nas veraneaban en Moraira. Nos conocíamos todos, mayores y pequeños. Éramos los hijos de las familias numerosas del *baby boom*.

Cuando Nacho tenía dieciséis o diecisiete años, vino una tarde a nuestra casa con una amiga italiana a lavar el coche de mi padre para sacarse un dinero extra durante el verano. Yo era una preadolescente introvertida que lo miraba moverse y enjabonar las ventanillas del coche como quien mira a un ángel.

Tres años después, cuando él tenía diecinueve y yo quince, volvimos a vernos varias noches en la discoteca Topos del Hotel Lasa de Moraira, que gestionaban aquel verano su hermana Lola y Domingo, el novio de Lola. Allí, Nacho y su amigo Stephan trabajaron durante un mes detrás de la barra, mientras nosotras, quinceañeras, bailábamos felices y despreocupadas hasta el amanecer.

Pasaron años sin que apenas nos viéramos, aunque le seguí la pista. Nacho se fue a Londres, Bruselas, Estocolmo, Nueva York, triunfó como bailarín y coreógrafo en todos los teatros del mundo, y fijó su residencia en Holanda.

NUEVE AÑOS después de su estancia en el Netherlands Dans Theatre como coreógrafo de la casa y bailarín, recibió una llamada del Ministerio de Cultura español para ofrecerle que dirigiera la Compañía Nacional de Danza.

Nacho se lo pensó, tenía otras ofertas, pero finalmente hizo las maletas, llegó a su país, al que echaba de menos, y dirigió la compañía durante veinte años. Consiguió otorgarle una identidad propia, la dio a conocer en todo el planeta, y los bailarines actuaron en los mejores teatros del mundo, recibieron premios, fueron aclamados en todos los continentes, hasta que un ingrato día, por desavenencias en la manera de entender el baile, cuestiones de política interna y formas distintas de interpretar la cultura, le invitaron a marcharse.

Y se marchó: a Berlín, a San Petersburgo, a dirigir ambos balés al mismo tiempo y a olvidar la ingratitud. Años después, decidió

quedarse en Rusia, en San Petersburgo, donde dirige el balé del Teatro Mijáilovski desde hace quince años. Desde allí, sigue viajando por el mundo entero con sus coreografías, y de vez en cuando viene a España y se queda en Madrid, donde ha creado su propia compañía, o en Valencia, donde vive su familia.

Nuestro reencuentro ocurrió por azar, como suceden las mejores cosas, una tarde otoñal, meses antes de la pandemia, en una calle estrecha del Barrio del Carmen de Valencia. Nos saludamos, hablamos un rato y nos sentamos en la terraza de un bar a tomar un vino blanco con hielo y a seguir conversando sobre cosas sueltas que iban surgiendo: libros, Moraira, viajes, amores, desamores, la vida y todo lo demás, mientras recordábamos estrofas de canciones de Mina y algún verso suelto que recitábamos juntos.

Como nos sentíamos bien y nuestras inquietudes coincidían, comenzamos a llamarnos y a quedar cuando Nacho venía a Valencia, a compartir vinos blancos, risas, confidencias y conversaciones de lo más variopintas. Una tarde, de pronto, me dijo en tono poético: «Somos almas que se conocen desde tiempo infinito». Y esas almas amigas se pusieron manos a la obra para fomentar la cultura y el compromiso social, desde la universidad y a través de la Fundación Fernando Fonseca, con la que Nacho colabora.

Y llegó su mensaje desde Milán, y más tarde conversaciones a través del móvil, desde distintos lugares, para configurar la idea del libro. Desde la primera llamada, quedaron claras algunas premisas. No sería una biografía al uso, entre otras cosas porque Nacho ya tenía varios libros publicados: una biografía escrita por Carmen del Val titulada *Por vos muero* (1998); un libro con preciosas fotografías escrito por él mismo, *El placer de la danza* (2005), en el que se describen algunos de sus balés y coreografías más destacadas; y un tercero titulado *XX años con Nacho Duato: una mirada hacia dentro* (2010), coordinado por Maite Villanueva y dirigido por Diego Hurtado de Mendoza, en el que se documenta su período al frente de la Compañía Nacional de Danza como director, coreógrafo y

bailarín y se narran fragmentos de la vida interna de la compañía durante los veinte años en los que Nacho estuvo al frente de la CND (1990-2010). Por tanto, nuestro libro tenía que ser distinto, actualizado, y debía tratar de evitar lugares comunes. Un libro honesto que contase algo más sobre él, sin idealizar su imagen, entre otras razones porque él es el mayor crítico de sí mismo.

Nos pareció interesante poner el acento en su vida y su forma de pensar más que en su trabajo, porque sus balés están suficientemente documentados a través de los medios, de las redes, de los libros mencionados y de las plataformas audiovisuales, aunque sería inevitable y deseable hacer referencia a sus coreografías cuando surgiera el tema. Decidimos también evitar, en lo posible, el morbo por el morbo, sin ocultar tampoco momentos difíciles e importantes que marcaron la vida de Nacho. Se trataba, al fin y al cabo, de mostrar a la persona que habita debajo de su piel, sin maquillaje, a través de sus recuerdos y de su propio relato de lo vivido.

Desde el principio, me advirtió que era imprescindible viajar a San Petersburgo y conocer *in situ* su vida y su trabajo como director artístico del Mijáilovski. Era importante saber dónde y cómo vive, conocer a su equipo y a la compañía, ir a los ensayos, hablar con los bailarines e incluso presenciar las reacciones del público ruso ante sus óperas y balés.

Dije que sí a todo, no sin cierta preocupación por las noticias que nos llegaban de la guerra entre Rusia y Ucrania y por no saber cómo y cuándo podría organizarme para viajar allí. Pero ocurrió. El 11 de julio de 2025, tomé un avión rumbo a San Petersburgo con el objetivo de mantener conversaciones con Nacho Duato durante una semana, el tiempo que tuviera libre entre sus compromisos, el nuevo montaje de *Raymonda* y el ensayo de su *Romeo y Julieta*. En aquella ciudad monumental, comprendí por qué insistió en que fuera a verlo y conociese de primera mano lo que él representa en San Petersburgo.

PRIMER ACTO



DE PEQUENO

INFANCIA SON RECUERDOS

El genio tiene una manera propia de afirmarse.

Pau Casals

MI MADRE DECÍA SIEMPRE: «Me da rabia que la gente solo vea de ti lo de fuera y que hablen de lo guapo que eres, porque tú eres mucho más que eso. Si pudieran verte por dentro...».

A mí también me daba rabia haberme convertido en una imagen que no podía compartir. Yo no era ni he sido nunca el típico tío bueno. De mí se han dicho muchas cosas, incluso oí decir una vez a alguien: «Nacho Duato no es que sea guapo, es la belleza», pero, créeme, yo nunca lo he visto así. No soy ni he sido el prototipo de *playboy*, ni he tenido un atractivo que triunfe. Tampoco he tenido mucho éxito con los chicos, la verdad. En las discotecas me miraban, sí, pero nadie se acercaba. No soy el tipo de chulazo que les gusta a los hombres.

Recuerdo que ligué una noche con alguien que tenía sentido del humor. Al día siguiente, me preguntó: «¿Qué se siente después de haberte acostado con un ser humano?». Da risa, sí, pero yo no podía verlo. Te diré más. Ser atractivo o que se me perciba como tal me ha causado sufrimiento muchas veces. La gente cree que es una suerte, pero no lo es. La belleza puede provocar dolor y, sin embargo, siempre he luchado por transmitir verdad y belleza en mi trabajo, esa ha sido mi prioridad y mi objetivo.

Ya eras diferente desde pequeño, y no solo físicamente. Naciste distinto al resto de niños, y parece que esa cualidad tuya ha marcado tu infancia y tu vida adulta, acompañada de una sensación de no encajar con el resto del mundo y un profundo sentimiento de soledad.

Cuando nací, mi madre decía que las monjas, mis familiares y algunas otras personas venían con curiosidad a verme al hospital maternal La Cigüeña porque nunca habían visto un niño tan blanco. Mi abuelo Barcia inventó el apodo de Leucocito, que no es un nombre humano, como puede ser Panchito, sino un nombre de glóbulo blanco. Y creo que la depresión que sufrí años más tarde tuvo algo que ver con todo ello, además de con otras cosas. Sentirme diferente ya desde pequeño, no solo en lo físico, sino en la forma de ser, me ha provocado a lo largo de la vida un claro sentimiento de inseguridad. De igual modo que me apartaban de un sitio por ser marica, me alababan en otro lugar por destacar y ser el mejor, las dos caras de una misma moneda.

Desde luego, era un niño atípico al que no le gustaba el fútbol y al que le encantaba hacer ramos de flores. Hacía un ramo precioso y se lo llevaba a mi madre. Era algo ingenuo y bonito, y, sin embargo, mi padre se ponía enfermo y yo no podía entender por qué: ¡solo era un ramo de flores para mi madre! También tenía dos mascotas: un mono y una serpiente. Un día, mi madre me preguntó:

—¿Por qué no tienes un perro?

—Porque los perros obedecen.

En muchas entrevistas nombras a tu abuelo Barcia y a tu madre con admiración y cariño, por lo que no es difícil deducir que han sido los dos referentes más importantes de tu vida.

A mi madre la adoraba y me parezco mucho a ella. Ha sido la persona que más me ha valorado, tanto en lo personal como en lo profesional, quien mejor me ha conocido y con quien me he sentido

más comprendido. Además, tenía un excelente sentido del humor. Era divina, muy bella, muy buena, y me hacía sentir protegido. Me acuerdo de que le gustaba Gary Grant y de que tenía en el armario una foto de su padre, una de Paul Newman y una mía. No he conocido una persona más buena que ella, mi madre era... como una flor.

Mi abuelo Juan José Barcia llegó a ser una eminencia, un fuera de serie, un neurólogo muy conocido por haber sido el primero en abrir la corteza cerebral. Cuando éramos pequeños, nos hacía leer la Biblia y, por cada palabra que encontrábamos sobre el cuerpo humano, nos daba treinta céntimos: el hígado, la mano, localizar dónde le clavaron la espada a Jesucristo, etc. Luego iba y consultaba el origen de la palabra, lo contrastaba y lo traducía del arameo, del hebreo o del idioma que fuese para escribir su *Etimología de anatomía*.

Era increíble, hablaba varios idiomas, algunos bien y con otros se manejaba más o menos. Tradujo a Rilke, fue rector de la universidad, poeta, y en su tiempo libre montaba a caballo. Yo aprendí a montar en La Hípica de Valencia y llevaba las botas de mi abuelo.

Hasta hace poco he tenido un caballo en Madrid, en Usera. Lo que pasa es que el ambiente era muy pijo y mi caballo parecía un mueble de IKEA, y, en comparación con los otros caballos tan elegantes, el pobre era muy flaco, y se murió. Creo que de toda mi familia es al abuelo Barcia a quien más me parezco. Los dos hemos sido altos y desgarbados, y él es con quien más identificado me he sentido.

Casi todos los sábados íbamos a comer a su casa. El abuelo no hablaba en la mesa, solo se dirigía al servicio. Era distante y humilde, nunca me sentí mal en su presencia, ni se le ocurrió decir nada hiriente como «habla como un hombre» o cosas así, que en alguna ocasión decía mi padre. Con mis tíos Duato me sentía incómodo. Si llevaba, por ejemplo, un pañuelo al cuello que me había regalado mi amigo Stephan, mis tíos se metían conmigo. «Mira el pañuelo...», y callaban lo que venía después: pañuelo de mariquita. O decían con retintín: «¡Mira el bailarín!». No era nada agradable. Tú percibes si alguien piensa lo que eres o no eres, sabes qué es lo



LA BODA DE MIS PADRES



MI BAUTIZO